

Apenas llevábamos unas horas a bordo, pero los diez tripulantes ya estábamos mareados por el movimiento incesante de la embarcación, como en un arrullo de pesadilla. Si pudiéramos no prestar atención a nuestro vértigo, hubiera sido una noche tranquila. No se escuchaba nada más que el ruido de las velas del barco que pegaban contra el viento. A nuestro alrededor sólo se veía el mar de noche. Faltaban horas para tocar tierra.

A primera hora del amanecer, nos encontramos con el archipiélago de San Blas, una postal con nada más que agua transparente y arena blanca. Unas cuantas lanchas llenas de provisiones se acercaban a las islas para surtir a los habitantes con lo suficiente para vivir lejos del mundo, desconectados: agua potable, comida enlatada. También algunos antojos: papas fritas, dulces.

Cruzar de Panamá a Colombia en velero implica viajar entre las islas más apartadas del Caribe. Los habitantes, indígenas kuna en su mayoría, nos aseguraban que hay 365 islas en total en el archipiélago: se podría desembarcar en una diferente cada día del año. Algunas están completamente deshabitadas; en otras viven un par de familias en una humilde choza de madera. Cada cuatro meses cambian de isla, de manera que entre todos vigilan un territorio lleno de cocoteros que hace cientos de años era acechado por piratas y que hoy atrae a turistas y a narcotraficantes.

Unos cien mil visitantes pasan por esta zona cada año, ya sea en grandes cruceros o en pequeñas lanchitas a toda velocidad. Se

asoman por las proas y observan fascinados las langostas, mantarrayas y estrellas de mar que se alcanzan a ver a través del agua transparente. Incluso se divisan, rodeados de esponjas y coral, los restos de un barco que naufragó hace muchos años. No hay nada que hacer más que snorklear, pescar y pasear en lancha de un velero a otro en una zona alejada de todos, donde no hay agua potable, teléfono, ni drenaje. Nadie se queda más de tres días.

Después de una noche de viaje desde Portobello, Panamá, nuestro velero se había instalado en Chichimé, una pequeña laguna que bordea dos islotes. De acuerdo al objetivo trazado en nuestro viaje, queríamos cruzar por tierra hacia Colombia en nuestro viejo Volkswagen Pointer —un coche del 2003 del cual sólo nos queda una placa con el número 342-SWD— pero nos advirtieron que era casi imposible. Llevábamos ocho meses conduciendo desde la ciudad de México, por autopistas, por carreteras mal asfaltadas y terracerías. Nos deteníamos en las ciudades y en los poblados para reportear, para escribir, para entender. Finalmente nosotros tres, Alejandra Sánchez Inzunza, José Luis Pardo Veiras y Pablo Ferri Tórtola, habíamos llegado al punto que divide al continente. Una oclusión en esa arteria que es la autopista panamericana impedía seguir el viaje por tierra. No hay carretera que una a Panamá con Colombia, países colindantes. La selva del Darién, que conecta el istmo con Sudamérica, es un territorio casi inexplorado y dominado por paramilitares, guerrilla y narcotraficantes. Mandamos nuestro Pointer en un contenedor y decidimos surcar el mar Caribe por el que hace siglos Henry Morgan y Francis Drake escondieron sus tesoros.

Cada tarde, los kuna se pasean entre los veleros que hacen base en Chichimé, pidiendo un poco de electricidad para cargar sus celulares. A lo largo del día reman entre islas, cuidan las plantaciones de coco, se sumergen hasta lo más profundo del mar, sin nada más que un visor y un arpón en la mano, y salen con cubetas llenas de langostas. Conversan con los turistas. A veces se les escucha cantar al *dada* —el sol— y otras, al *dani* —el agua—. Por las noches no hay mayor ruido que el que hacen las mantarrayas cuando saltan sobre la superficie del oleaje.

El 23 de junio, la noche de San Juan, pasamos de una isla a otra en una pequeña lancha inflable y llegamos a lo que se supone sería una hoguera para conmemorar la fiesta pagana en la que inicia el solsticio de verano. Empezó a llover torrencialmente, así que nos refugiamos en la casa de una familia. Los kuna apenas hablan español y las mujeres son las matriarcas. Estábamos con dos bosnios, una australiana, el capitán Steven, que era francés, y su mujer, colombiana. Nos sentamos en la hamacas. Mientras veíamos caer la lluvia, los dueños de la casa hablaban en su idioma. No entendíamos nada, más tarde nos dimos cuenta de que hablaban de cocaína.

El capitán y su mujer nos empezaron a contar que los narcotraficantes, en su camino hacia el norte, siempre dejan un poco de mercancía a los indígenas. Cada semana pasan lanchas y semi-sumergibles con capacidad para transportar varias toneladas de droga y dejan a algunas familias uno o dos kilos para que hagan negocio entre los turistas. Un pequeño regalo para mantener la ruta en paz.

Uno de los bosnios se interesó y pidió una muestra. Al indicarlo, la mujer rellenó una bolsita de plástico del polvo blanco y se la dio a su marido para que la vendiera al turista. Le cobró tres dólares. Aquellos conocedores de la cultura de la droga o por decirlo más simple, los consumidores habituales, saben la regla: nunca se pregunta a un traficante —aunque sea narcomenudista— cómo obtuvo el producto. Pero Alejandra, curiosa y en esos momentos algo borracha, empezó a preguntar cómo es posible que a un lugar sin internet, donde es impensable conseguir una Coca Cola o comer carne de res, llegue droga. El hombre, el proveedor, comenzó a gritar en su idioma. La mujer corrió a su lado. Los demás se pusieron en alerta. ¿Es una espía? ¿Una agente de la DEA? El capitán les explicó que Alejandra sólo había hecho una pregunta y todos guardaron silencio. Los ánimos se calmaron. El bosnio, indiferente a la discusión, inhaló.

En los lugares más remotos de la tierra no falta la cocaína.

\*\*\*

El narcotráfico en América va marcando cada punto que toca: pervierte o lo sublima, lo corrompe o lo destruye. Al término de nuestro viaje, que sumaría más de dos años, se nos agolpan los recuerdos desencajados y las imágenes, algunas atroces:

Reinaldo Cruz, un nicaragüense que regresaba de pescar, se encontró un fardo de cocaína a la orilla de la playa y se convirtió en traficante por casualidad.

Detrás de un árbol en Honduras, las moscas y los gusanos devoraban un cadáver abandonado, amordazado, en una bolsa de plástico.

Don Mario, un chofer nicaragüense, llegó a la cárcel cuando se dio cuenta de que el camión que conducía hacia Costa Rica llevaba un millón de dólares escondidos en su interior.

Para lavar dinero, el narcotraficante colombiano Nelson Urrego compró una isla completa, La Chaperá, en Panamá.

En Colombia, un sacerdote cerraba su iglesia con un letrero que decía PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN, después de un asesinato en su interior.

La abogada Flavia Pinheiro cruzaba las favelas de Río de Janeiro con sus tacones altos tratando de convencer a los narcotraficantes de que no vendieran *crack*.

Pedro tenía 16 años cuando, en Bolivia, sus pies sintieron por primera vez el calor del ácido sulfúrico para extraer la pasta base de cocaína de la hoja de coca.

Miguel Ángel Durrels apareció ahorcado en su celda de manera sospechosa después de haber sido detenido con 60 gramos de marihuana a las afueras de Buenos Aires.

En Uruguay, un presidente de 78 años con un perro de tres piernas, regularizaba por primera vez en América, la producción, distribución y consumo de la marihuana para todo un país.

Mientras en el extremo sur del continente se hablaba por primera vez de un cambio de una política de drogas de más de 50 años, un camión con 15 toneladas de heroína llegaba a Nueva York desde California para proveer a las calles de Harlem.

Este libro es un collage de todas estas historias. A diferencia de nuestro viaje, el orden no es geográfico. Se divide en los problemas

que alimentan la cadena de la droga a nivel internacional. *Narcoamérica* empieza en las *crackolandias* de Río de Janeiro para irse hasta el consumo en Nueva York. Salta de México, donde desaparecieron 43 estudiantes, para llegar a las comunas de Medellín, donde unos sicarios nos hablan de por qué asesinan. Se acerca a Chile, donde una *mula* —portador— pasa la vida en la cárcel y cambia a Perú, donde un campesino prefiere plantar hoja de coca que maíz. El libro pasa por Panamá, donde se lava dinero, por las fronteras de Paraguay y Bolivia y se encuentra en Argentina con la mafia policial. Este viaje es a través de la venta, consumo, transporte, muerte y corrupción que ha provocado el narcotráfico en el continente. Los protagonistas de estas historias son quienes nos ayudan a entender los porqués detrás del comercio de la droga.

\*\*\*

En diciembre de 2011 iniciamos una expedición que iría desde México hasta Chile. En un principio, nuestro proyecto consistía en recorrer el continente haciendo crónicas sobre todo tipo de temas. Amigos tras haber estudiado juntos en España una maestría en periodismo, a nuestro proyecto viajero le habíamos dado un nombre sintomático: *Dromómanos*, del griego *dromos*, carrera, y *manía*, locura. Es decir: afectados de la «inclinación excesiva u obsesión patológica por trasladarse de un lugar a otro», según la definición de la Real Academia Española (RAE). Una vez en camino, por sugerencia de Wendy Selene Pérez, ex editora de reportajes de la revista *Domingo* del periódico *El Universal*, decidimos enfocarnos principalmente en el narcotráfico. Gran parte de nuestro trabajo se fue publicando ahí conforme viajábamos en una ruta de norte a sur: el sentido opuesto que tradicionalmente sigue la droga en su camino a Estados Unidos; el mismo camino que sigue el dinero ilícito. Otros de nuestros reportajes relacionados con este tema fueron publicados en medios como *Gatopardo*, *Etiqueta Negra*, *El País*, *Vice* y *Yorokobu*.



Todo empezó en El Salvador. Mientras conocíamos a los reporteros de la redacción digital de *El Faro*, uno de los medios más valientes con los que nos hemos encontrado, nos dimos cuenta de que el narcotráfico, la violencia y los cárteles signaban buena parte del destino del continente. En ese momento, *El Faro* daba a conocer una tregua entre las pandillas y el gobierno de ese país para reducir la violencia. También en ese tiempo, leíamos en otros medios que en Honduras, dos jefes antidrogas habían sido asesinados y en Guatemala, el presidente Otto Pérez Molina hablaba por primera vez de la posibilidad de legalizar las drogas o por lo menos, la marihuana, mientras los Zetas hacían de ese país su plaza.

No teníamos experiencia en periodismo sobre drogas ni crimen organizado, pero inmediatamente nos atrajo la posibilidad de narrar el continente desde un hilo conductor que de alguna manera explicara el porqué de los muertos, de las desapariciones, de la corrupción y del miedo. A través del narcotráfico se ve todo lo que falla en un Estado.

Tras la sugerencia de Wendy, hicimos un plan en un bar de Santa Tecla en San Salvador, mientras bebíamos cerveza y picábamos unas papas fritas. Para ir más rápido, decidimos viajar por separado para regresar a Guatemala y Honduras y hacer una crónica sobre el tráfico de drogas en cada uno de los países del Triángulo Norte centroamericano; después, nos encontraríamos en Nicaragua. José Luis y Alejandra reportearon Guatemala y El Salvador. Pablo se fue a Honduras, el país más peligroso del mundo, donde semanas antes habíamos estado cubriendo un incendio en Comayagua, en el que murieron 360 personas.

San Marcos, en la frontera de Guatemala con México, era dominado aún por el Cártel de Sinaloa. Prácticamente el resto del territorio de Guatemala estaba ya bajo el mando del cártel mexicano de Los Zetas. Su irrupción había cambiado la lógica de la violencia. De repente había masacres de campesinos y muertos cuyas extremidades no se encontraban jamás. Un colega guatemalteco, Ángel Sas, nos había dicho que el narco en esa zona era traicionero y que siempre detectaban cuando llegaba alguien de afuera. Producto de

la paranoia, Alejandra imaginaba que al regresar a la Posada Don José de León, un hotel humilde pero cómodo que cada año alberga el concurso local de belleza de ese estado, la esperarían a ella y a José Luis un par de criminales armados y tendrían que escapar por la ventana del baño.

Por su parte, casi todas las fuentes con las que Pablo trató en Honduras también pensaban que las perseguían para matarlas. La paranoia era contagiosa. Una madrugada, cerca de las tres, pensaba en su hotel de Tegucigalpa sobre las charlas mantenidas con una viuda, la madre de un hijo asesinado y un ex candidato a presidente que decían que el poder en Honduras lo ostentan 14 empresarios —y por tanto, también el narcotráfico—. De pronto, en la calle, debajo de la ventana del hotel, se escuchó una canción de Shakira a todo volumen. Sintió una inquietud, como si algo fuera a ocurrir, como si alguien lo hubiera seguido esos días. La música duró sólo unos tres minutos. Pero en Tegucigalpa siempre se estaba en estado de alerta. Tal vez producto de la paranoia acumulada o de que en este país era posible que algo malo pasara en cualquier momento.

En El Salvador nos encontramos con una nación con 14 homicidios al día, cuya violencia era tal que el gobierno había tenido que pactar con las pandillas. Allí conocimos a Juan, ex pandillero que aún siendo manco siempre solía cargar dos pistolas. De entre sus dedos pendía un rosario, ahora era ministro evangélico en una iglesia —un pequeño patio entre planchas de zinc y metal— en Majucela, una deprimida colonia en las afueras de la capital en la que entonces predicaba la palabra de Dios.

Ver el cuerpo de este hombre de 42 años era como cursar una cátedra de miseria. Bajo una camiseta negra escondía los tatuajes que señalaban su pasado como miembro de la Mara Salvatrucha (MS-13), la pandilla más grande de Centroamérica junto con la Barrio 18. En el abdomen sobresalía la cicatriz de un balazo. Por su nariz chata fluyó el humo del *crack*, la droga fetiche de los desheredados de la posguerra en su país. Su brazo derecho acababa en un muñón producto de un accidente laboral. Nunca volvió a trabajar

egalmente. Su *modus vivendi* durante años fue la extorsión, el narcomenudeo y el *sicariato*. Ahora, algunos pandilleros ya no se conforman con eso y están coludidos con el crimen organizado. En aquel momento ya existían narcopandilleros como José Ismael Cisneros, alias «Medio Millón» —bautizado así porque siempre tenía dinero en los bolsillos— quien fue capaz de escapar de una emboscada de 100 agentes y estaba ligado al único cártel salvadoreño que se conoce, el de Taxis. Otro, también popular, era Moris Alexander Bercián Manchón, «El Barney», cuya relación con las drogas surgió por vía sanguínea. Su padre Arturo Bercián Rivera, «El Tiburón», era un coronel retirado que trabajó durante décadas para el cártel guatemalteco Los Luciano, que operaba en la frontera entre ambos países.

El Salvador, al igual que Juan, ha caminado por senderos difíciles en las últimas décadas. El país más pequeño de Centroamérica, conocido como «Pulgarcito» —seis millones de habitantes y una extensión similar al Estado de México—, pasó de ser un niño huérfano por la devastación de la guerra, a un joven pendenciero metido en la violencia, el crimen y el narcotráfico. Cuando estábamos ahí, Pulgarcito recién había entrado a la lista negra del Departamento de Estado estadounidense porque la circulación mensual de droga había subido a cuatro toneladas.

La administración del presidente Francisco Flores elaboró planes de cero tolerancia para atajar el problema de las pandillas. Aunque nunca se concretó en una ley, cualquier persona con tatuajes era acusada de asociación ilícita. La violencia desatada por las maras se combatió desde la impunidad policial y la falta de garantías judiciales. Héctor Rosemberg, quien trabajó durante 20 años en Fe y Alegría, una organización de prevención de la violencia y readaptación social, aseguraba que eso provocó el hacinamiento en las cárceles y creó un nuevo ADN delictivo. La población penitenciaria había pasado de 5 mil a 25 mil reos en los últimos 10 años.

Entre los presos que esta política dejó estuvo Mario, el hermano del pastor Juan. Contaba que lo apresaron porque lo confundieron con un conocido suyo, quien había cumplido un «encargo».

No quiso especificar más. Lo que sí detalló es que en el patio de la cárcel se sentaba siempre con su *clica*, una rama de la pandilla, pues son frecuentes las armas, los ajustes de cuentas y el tráfico de drogas. Juan, acostumbrado a dar órdenes, rezaba cada día por su hermano pequeño. Un día, al visitarlo en la prisión, un miembro del Barrio 18 le dijo al oído: «Te voy a mandar a tu hermano en cachitos a tu casa». Él se sentía culpable por haberlo metido en su mundo. «Le prometí a Dios que si salías de allí con bien dejaba la pandilla, me dedicaría a Él», le dijo el pastor a su hermano.

La mano dura significó para Juan dejar la pandilla. Eligió la vía religiosa, la alternativa más corriente para abandonar la mara. Pero otros muchos decidieron cambiar de otra manera: se dejaron de tatuar y se camuflaron entre la sociedad.

Fue justo en el llamado «triángulo de la muerte» —Guatemala, El Salvador y Honduras— que nos acercamos de modo directo a la violencia. Y quizá fue Pulgarcito quien más marcó nuestro camino por el continente. Al convivir con periodistas admirables de *El Faro* como Carlos Dada, Oscar y Carlos Martínez, José Luis Sanz, Roberto Valencia y Marcela Zamora, se nos metió la espina por narrar las redes, las víctimas, las consecuencias y la razón (o sinrazón) del crimen organizado que se había instalado en el continente. Hasta ese momento, nuestra idea sobre narcotráfico tenía más que ver con las películas sobre la mafia que con cualquier tipo de realidad.

Desde entonces, el narcotráfico se volvió una obsesión. Cuando nos encontramos en Managua, después de perdernos durante horas entre calles sin nombre, producto de la destrucción por el terremoto del 76 y la guerra civil, ya sólo pensábamos en tráfico y en delincuentes. Nos contábamos con sorpresa cómo habían asesinado a alguien o cómo en países como Honduras no se podía confiar en nadie relacionado con este tema (y prácticamente nadie confiaba en ti). Nos reíamos de lo trágico, como cuando el jefe de una prisión hondureña nos ofreció entrar a conocerla sin garantías de volver a salvo.

Desde entonces, cada vez que entrábamos a un país, nuestro tema era muertos, decomisos y enfrentamientos: los efectos visibles



de esta cadena del narco. Leíamos las notas rojas de los periódicos, libros especializados y buscábamos el enfoque que le daríamos a cada historia. Entrevistamos expertos, zares antidroga y buscamos traficantes en las cárceles. Mientras tanto, nos financiamos con otros reportajes como *freelance*, vendíamos contenidos para *blogs* y vivíamos día a día compartiendo hostales con otras personas. El coche, que tuvo más de una decena de reparaciones a lo largo del viaje, fue nuestra redacción durante esos dos años y el lugar donde se engendró este libro.

\*\*\*

El tráfico de drogas es un fenómeno que une a la región de manera trágica. Genera unos trescientos veinte mil millones de dólares anuales —lo equivalente al 1.5% del Producto Interno Bruto mundial—. Ese dinero alcanzaría para construir unos cien World Trade Centers, para comprar cuatro estaciones espaciales, o para cubrir todas las necesidades de infraestructura y servicios en América Latina, según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

El narcotráfico moviliza gobiernos y mutila o pervierte las vidas de millones de personas, pero la mayor parte de su daño ocurre por debajo de la atención mediática. Viviendo en México y en España, poco nos enterábamos de cómo llega la cocaína a los consumidores. Desde nuestra cómoda posición citadina, ignorábamos qué ha pasado en Colombia después de la época de Pablo Escobar y nada sabíamos de los métodos que utilizan las organizaciones criminales para llevar la droga a Europa y a fronteras más lejanas. Tampoco conocíamos qué pasó en Uruguay para que se pudiera legalizar la marihuana. Apenas y considerábamos que mientras un kilo de cocaína en Australia puede venderse hasta en 200 mil dólares, en Bolivia, la hoja de coca —materia prima del estupefaciente— cuesta unos centavos y es necesario mascarla todos los días para poder funcionar en un altiplano donde se respira una fracción del oxígeno que hay a nivel del mar. Miramos nuestros países como

nuestros ombligos sin ver que éste es un fenómeno transnacional provocado por la corrupción, la pobreza, la fragilidad de las instituciones, la impunidad, las violaciones a los derechos humanos y los caciquismos.

La violencia ligada al tráfico de drogas se ha convertido en el lenguaje de América desde que el ex presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, declaró la guerra a los narcóticos. Su gobierno criminalizó la cocaína y el resto de los países obedeció. En 1971, cuando empezó esta operación transnacional, la tasa de homicidios en el continente era de ocho por cada 100 mil habitantes. Hoy es de 14. Actualmente, 16 de los 25 países más peligrosos del mundo están en América Latina. Tan solo en la última década, los índices de violencia aumentaron en toda la región, producto de los cambios en el mundo criminal. Entre 2000 y 2010, murieron más de un millón de personas por homicidio. Según el Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014 de la ONU, en Latinoamérica las tasas de asesinatos aumentaron un 12%, mientras que en otras regiones del mundo disminuyeron hasta la mitad. Entre las listas trágicas siempre aparecían los nombres de Colombia, El Salvador, Guatemala, Honduras y Venezuela con más de 30 asesinatos por cada 100 mil habitantes. Les seguían de cerca otros como México, Brasil, Bolivia, Panamá, Ecuador, Paraguay y la República Dominicana.

Poco a poco fuimos descubriendo un fenómeno que se basa en el libre mercado y en la dispersión de la ignorancia. Los que forman parte de la cadena no se conocen entre sí. No saben que son un engranaje. Decidimos centrarnos en esas piezas, más allá de los grandes capos al estilo Joaquín «el Chapo» Guzmán, y hablar más bien de gente como Reinaldo Cruz que se hizo narco por un golpe de ¿buena? suerte, o de cómo el último rey negro de Bolivia, legítimo descendiente de un linaje real senegalés, cada mañana sale a cultivar hoja de coca. Preferimos hacer el relato del narco mexicano que quiere hacer una película después de que una avioneta de su propiedad se desplomara con 100 kilos de la droga. Elegimos narrar la historia de la boliviana que se comió 80 gramos

de cocaína, lo equivalente a tragarse 10 ciruelas, y los llevó en su estómago a Santiago de Chile.

\*\*\*

Un kilo de cocaína en Colombia cuesta alrededor de dos mil dólares. El kilo pasa por un sinfín de manos para llegar al consumidor, en una discoteca de Madrid, o a la puerta del Meatpacking District, donde una serie de *dealers* lo puede vender en Nueva York. Las rutas y los destinos son tantos que son imposibles de calcular. Cambian cada día. A cada hora. Un kilo puede cruzar el Atlántico por los aires, atravesar en las entrañas de un migrante por la frontera a Estados Unidos o viajar a toda velocidad en una Eduardoño —la marca de la lancha más utilizada en Colombia para mover droga—. Y mientras lo hace, su valor puede aumentar hasta en un 10,000 por ciento. Esta cifra no es una exageración.

En Costa Rica conocimos a un israelí —cuyo nombre nos pidió omitir por cuestiones de seguridad— que durante años se dedicó a traficar droga colombiana desde Centroamérica a Europa.

Cuando la cocaína llegaba a San José de Costa Rica, el hombre, de apenas 29 años, compraba un par de kilos por 7 mil dólares cada uno, es decir, casi cuatro veces más de lo que costaba originalmente en Colombia. Cruzar dos países, a través del Caribe, pasando por aquel archipiélago paradisíaco de San Blas, ya subía su valor radicalmente. Esto sin pensar que de cada uno de esos kilos saldrían mil grapas de cocaína, listas para ser vendidas a cualquier persona: un empresario, un estudiante, una ama de casa, un vendedor de seguros, una adolescente, un profesor de literatura, un chofer...

Durante cinco años, el israelí vivió de comerciar con esos dos kilos. Cada dos o tres meses escondía la droga en dos tablas de surf. Los empaquetaba cuidadosamente para no crear burbujas y que fueran indetectables por los rayos X del aeropuerto. Normalmente volaba a Budapest. A veces pasaba por Barcelona, pero tenía clientes frecuentes en el este europeo. Aprendió a manejar los nervios.

Sólo una vez tuvo un ataque de ansiedad, pero nadie se percató de la razón. Cada vez que abordaba el avión, ponía la música de su iPod y dormía hasta llegar a su destino. «Nunca llevé la droga conmigo, la tabla era más práctica», nos contó con su voz grave. Al llegar a Hungría, hacía una llamada y otro hombre se llevaba los dos kilos por 100 mil dólares cada uno. El israelí tenía arreglados los próximos meses viajando, visitando a su familia en Israel, comprando cosas inútiles cada vez que quería y despilfarrando en fiestas como las que se daba cada vez que entregaba un pedido y consumía un poco de su propia mercancía. Aquel kilo colombiano de 2 mil dólares había aumentado ya su valor unas diez mil veces con tan sólo tomar un par de aviones. Como suelen decir muchas autoridades dedicadas a los decomisos, el riesgo detrás de un kilo de droga siempre vale la pena por lo rentable que es.

Después de salir de fiesta, el israelí regresaba a su hotel y al día siguiente tomaba un vuelo de regreso a Costa Rica. Cuando tenía otro pedido, en ocasiones solía cambiar el punto de embarque y volar desde Panamá para no levantar sospechas. «Es más fácil cruzar a Europa por estos países. Si vas a Estados Unidos con droga en el equipaje te detienen al instante, pero hacia Europa es fácil», nos dijo en su casa, unos meses después de haber salido de la cárcel.

Un día, toda su estrategia desarrollada durante años, falló. Apenas mostraba su billete de avión a una azafata cuando le empezó a temblar la mano al ver a dos policías que se le acercaban. En el paquete de plástico se había creado una burbuja microscópica que apareció en el scanner. Un pequeño descuido, debido a las prisas al empaquetar, lo llevó a pasar dos años ocho meses en el penal de Alajuela, a las afueras de San José. La condena era de cinco años, pero la redujeron por su buena conducta. Al recordar ese día, tenía enfrente una taza de té que apenas probaba y un semblante sombrío. Repetía continuamente que las cárceles costarricenses eran un infierno y que nunca volvería a traficar. En la prisión conoció a su novia. Una costarricense judía que lo iba a visitar a la cárcel como parte de una obra de caridad y de la que terminó enamorado. Cuando lo entrevistamos vivía con ella en una bella casa a las



afueras de la ciudad. Pero todavía los jueves tenía que dormir en el penal como parte de su libertad condicional.

El israelí resumía el negocio en un par de frases: «No tienes idea de la cantidad de gente que lleva droga en un avión. Probablemente el tipo que se sienta a tu lado traiga un kilo escondido en el equipaje o en el estómago». La *mula*, el *burrier*, el traficante, es apenas un primer eslabón de un fenómeno que nunca será del todo comprensible, y que sólo puede ser medianamente dibujado, del cual pueden caer algunos peones, algunos alfiles, un par de torres. Incluso, de vez en cuando, se puede hacer mate a algún rey, pero el ejército sigue en pie. El negocio sigue funcionando. No tiene fin. En un estómago, en la tabla de surf, en las maletas, en las carriolas, entre la ropa...

## Capítulo 1 McDonald's

A lo lejos, el ruido del tren que se acercaba a toda velocidad. Llegaba puntual, como todos los días. Eran las tres y cuarto cuando vimos abrir sus puertas y salir de los vagones a unos cien hombres, mujeres y niños que corrían a toda prisa. Ninguno hablaba, parecía que competían entre sí para ver quién llegaba primero a la *boca de fumo*, como se le llama en Brasil a los dispendios de droga. Algunos se quedaban atrás, tranquilos, sabiendo que lo que buscaban no se acabaría. Los veíamos correr desde allí, a través de una rejilla que dividía la estación de tren de la favela. Entonces comenzó el alboroto. El hombre a nuestro lado, un moreno de brazos fuertes y ojos bien negros, empezó a gritar a sus colegas para que se prepararan. Llevaban horas jugando a las cartas, volando cometas y bebiendo cervezas en espera de la hora en que llegarían los clientes. Cuando por fin se presentaron, después de una mañana tranquila, un par de jóvenes armados les indicó el camino hacia el dispendio al estilo de edecanes de un restaurante. Lo atendían tres vendedores armados, vestidos de shorts y *havaianas* (sandalias), que voceaban exaltados:

—¡Crack 2 reales, marihuana 10, cocaína 20!

El gentío, desesperado, se acercaba a comprar en esta especie de tienda, abierta 24 horas, formada por tres mesas de aluminio plegables sobre las cuales los traficantes separaban en grupos la mercancía dependiendo del tipo de droga. Era un pequeño lavadero de piedra antiguo abandonado que se había convertido en almacén.